

ñor Commelerán de su suficiencia, todos debemos felicitarnos de tenerle por compañero. Su ya reconocida maestría en la ciencia de Max Müller hace muy á propósito su auxilio para conservar y fijar el habla en que se atesora una de las más fecundas y hermosas literaturas del mundo, habla que sirve de medio para comunicar sus sentimientos é ideas á un pueblo compuesto de varias naciones hermanas de gran porvenir y glorioso pasado, que viven en esta península y extienden su imperio desde el Atlántico al Pacífico, desde California á la Tierra del Fuego, y en varias islas grandes y fértiles del mar que surcó Magallanes por vez primera.

Y si prescindimos de la utilidad con que el saber del Sr. Commelerán habrá de prestarse al cultivo de la lengua española, todavía me parece justo y conveniente recompensar y honrar hasta donde esté á nuestro alcance, y popularizar y fomentar el estudio de la filología comparativa ó lingüística, tan desatendido hasta hoy en la patria de San Isidoro, de Arias Montano y de Hervás y Panduro.



EL PERIODISMO EN LA LITERATURA (1)

Con verdadera satisfacción acepté yo el encargo, que cumplo hoy, de contestar al discurso que mi querido amigo D. Isidoro Fernández Flórez había de leer en su entrada en esta Real Academia. Como asiduo y hábil cultivador de las letras españolas, fué elegido por nosotros. Sus cuentos, sus estudios críticos y otra multitud de composiciones breves, donde como refinada quinta esencia aparece el ingenio, bastan á explicar su elección, acreditándola de acertada. Pero todavía la justifica más el éxito dichoso y extraordinario que han tenido los trabajos de nuestro nuevo compañero. Lograr, sin el apoyo y sin la protección de los Gobiernos ó de los jefes de los partidos que se suceden en el poder, el favor decidido y constante de un público nu-

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Isidoro Fernández Flórez en la Real Academia Española, el día 13 de Noviembre de 1898.

meroso, y lograrle en dos sucesivas publicaciones periódicas, sin apelar en ninguna de ellas á violencias de lenguaje, á apasionadas y vehementes censuras y á otros medios conducentes á atraer la atención y á ganar la voluntad del vulgo por medio del escándalo, es prueba clarísima del mérito indiscutible de la persona que consigue tal triunfo. Y no puede negarse que el Sr. D. Isidoro Fernández Flórez, si no le consiguió por sí solo, fué principalísima parte en conseguirlo, primero en *El Imparcial* y en *El Liberal* después. Sin duda para fundar y sostener un periódico que agrade ó interese á la gente y que adquiera gran número de lectores y suscriptores, es menester habilidad, hasta cierto punto extraña á toda literatura, habilidad que esta Real Academia no toma en cuenta; pero por muy habilidoso que sea quien dirija la publicación de un periódico en las artes de administrarle, de confeccionarle materialmente para que agrade y de facilitar por donde quiera su difusión y su adquisición, todavía nada de lo dicho vale á la larga para el crédito del periódico y para conservar y acrecentar la estimación y la autoridad que se le conceden, si esta autoridad y esta estimación no se conceden primero á las personas que en dicho periódico escriben. Y esto es más innegable cuando el periódico es independiente, ó sea cuando no se escribe y se publica para defender y

aupar á determinado personaje político ó á una bandería organizada y regimentada que se vale del periódico como de ariete para derribar al Gobierno que existe, y como de escala ó andamio para encaramarse hasta aquella codiciada altura.

Un periódico de la mencionada clase podrá ser considerado como empresa industrial, pero siempre lo más substancioso que para llevarla á buen término se fabrique ó se produzca tendrá que ser literario, y la realidad de su mérito se acrisolará mejor cuanda el aplauso y el favor del público no se expliquen por el interés extraño á las letras de conseguir inmediatamente la victoria para una bandería.

En el caso de que hablamos, un periódico ya es eco de la opinión, ya es fuerza que la empuja y ya es faro que la dirige, y en cualquiera de estos tres casos tiene mucho valor literario, así porque expresa sentimientos y aspiraciones de una gran colectividad, como por el tino y buena traza con que acierta á expresarlos, á fin de que dicha colectividad los siga, los adopte ó los reconozca por suyos.

Conforme con los antecedentes precitados y con la índole y natural condición de su talento, es el discurso que el Sr. Fernández Flórez acaba de leer, oído con atención y gusto por cuantos están aquí presentes y aplaudido también por todos. No

impide la sobriedad del estilo la rica profusión de imágenes con que el discurso se engalana; la variedad de los puntos que toca no es causa de incoherencia, porque dichos puntos, diestramente enlazados, se encaminan todos al mismo fin; y no hay en el discurso digresiones caprichosas, porque todas concurren á dilucidar mejor la materia de que se trata. Cuanto el Sr. Fernández Flórez ha dicho lo celebro yo por ameno y por ingenioso: no poco de lo que ha dicho lo acepto y afirmo sin la menor discrepancia, como si yo mismo lo hubiera pensado y afirmado; y no faltan tampoco en su discurso sentencias y conceptos más recomendables, en mi sentir, por lo agudos y sutiles que porque se ajusten con la verdad exacta.

Como el asunto es extenso y se presta mucho á discurrir sobre él, ya corroborando unas afirmaciones, ya invalidando ó debilitando el vigor ó limitando la amplitud y transcendencia de otras, no ha de parecer mal que yo conteste de esta manera al Sr. Fernández Flórez, aunque sólo sea para que, al tratar de lo mismo, no coincida con él de tal suerte que repita lo dicho por él como si yo fuese su eco.

Ser periodista es, sin duda, profesión ú oficio, como ser ingeniero, abogado ó médico. Es evidente, asimismo, que el periodista debe ser literato: un literato de cierta y determinada clase. Pero ¿se in-

fiere de aquí que haya un género de literatura, distinto de los otros, que pueda y deba llamarse género periodístico? Sobre esto es sobre lo que yo no estoy muy seguro, aunque, si me inclino á algo, es á negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de otro cualquier escritor, poco ó nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le da carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista el literato que escribe con frecuencia ó de diario ó casi de diario en un pliego ó grande hoja volante, que se stampa periódicamente y se difunde entre el público, á veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta ó inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderosísimo para influir en la opinión; para modificarla ó dirigirla, ya en buen sentido, ya en malo. Nunca el autor de un libro, por extraordinario y dichoso éxito que el libro tenga, influirá inmediatamente en el ánimo de los hombres con la rapidez, extensión y eficacia que el que en un periódico escribe. Tal vez en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, que son á mi ver, los países en que más libros se leen y se compran, llegará algún libro de autor eminente ó muy afortunado, á contar por centenares de miles los ejemplares vendidos. Lo que es en

España, bien se puede afirmar que, salvo en casos rarísimos y muy excepcionales, nunca pasan de seis mil ó de ocho mil ejemplares de un libro los que llegan á venderse y esto no de súbito, sino á la larga y después de haber sido el libro anunciado, ensalzado y glorificado por la crítica del periodismo. En cambio, un artículo de periódico se lee, se comenta, se aplaude; y puede influir en los sucesos políticos y sociales de una nación con prontitud pasmosa. La vida del artículo podrá ser efímera, su autor no alcanzará gloria ni nombradía; acaso no la pretenda ni la busque y conserve el ánimo, pero es innegable el poder avasallador de que es capaz un artículo de periódico, y no cabe comparación entre las conquistas que lentamente puede ir haciendo un libro y las que puede hacer un artículo de periódico en las veinticuatro horas que persiste y circula el número que ha salido estampado.

Esta y otras muy importantes diferencias se dan entre el libro y el periódico diario, mas no por eso tienen las diferencias nada que ver con la literatura: son extrañas á ella. El libro es un medio de publicidad y el periódico es otro. De ambos medios se vale ó puede valerse el escritor, pero no hay en realidad diferencia literaria entre ambos medios. De una serie de artículos se forma á menudo un libro, y de fragmentos ó pedazos de un

libro se hacen á menudo también no pocos artículos de periódicos.

Tan cierto es lo dicho, que no hay arte de escribir y de hablar, donde, entre los diversos géneros de discursos escritos ó hablados, se califique el periódico como género aparte. Hay poesía y prosa. La poesía es y puede ser lírica, épica y dramática, con no pocas subdivisiones ó especies híbridas, como elegías, sátiras, epístolas y fábulas. La prosa puede ser didáctica ó no didáctica, dirigirse á enseñar, á deleitar ó á la vez á ambos fines; puede ser narración verdadera ó fingida y llamarse historia, novela ó cuento. En suma, y para no fatigar á nadie, ¿quién desconoce ó ignora los diferentes géneros en que pueden dividirse los escritos, ya por los asuntos de que se tratan, ya por la manera con que son tratados los asuntos? ¿Hay entre estos géneros modo de calificar, distinguir y separar de los otros y determinar un género especial que llamemos periódico? Yo creo que no le hay. Al contrario, cuantos son los tonos, géneros y manera de escribir caben en el periodismo. Y nada hay que no pueda insertarse con éxito en los periódicos, cuando la inserción es oportuna y atinada. La cuestión está en que venga á cuento ó á pelo lo que se inserta, presuponiendo que no es malo ó tonto, sino que es ameno é instructivo.

Y no se me arguya con que la brevedad, el la-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.M.

conismo, el arte de decir mucho en pocas palabras es especial condición del estilo periodístico. Obras maestras, dechado de estilo conciso son, por ejemplo, no pocos diálogos y otras obrillas de Leopardi, y yo no sé que al escribirlas pensase él que iba á insertarlas en un periódico. En tiempo de Luciano no consta que los hubiese, y Luciano, no obstante, compuso multitud de obrillas tan cortas y ligeras, que muchas no llenan más de una página.

La condición de mi espíritu, tan contraria á la clasificación y distinción de géneros, no creo yo que perjudique ni que amengüe el concepto que del periodismo y de los periodistas tengo formado; antes bien, los coloca en un razonable justo medio, no menos distante de la pomposa exageración con que alguien los ensalza, que del feroz aborrecimiento y del fingido menosprecio con que alguien los deprime. La hipérbole encomiástica me ha repugnado siempre, y cuando algo del encomio me ha podido tocar por contarme en la colectividad encomiada, he solido rechazarle con pudorosa modestia. Durante más de cinco años he sido yo periodista, ó sea redactor constante de un periódico diario, que gozó de alguna celebridad en su tiempo. Mas á pesar de esto, jamás he empleado yo, ni he aprobado en otros, el empleo de frases como las siguientes: *el cuarto poder, el magisterio ó el sacerdocio de la prensa, su martirologio y su*

apostolado. En cambio, siempre me ha sorprendido como absurda extravagancia, y he oído ó leído, ya con enojo, ya con risa burlona, los dictionarios y anatemas que contra la prensa fulminan no pocos sujetos, sobre todo si presumen de aristócratas, de conservadores ó de morigerados y juiciosos. Me atreveré á recordar aquí, á este propósito, que la vez primera que tuve la honra de representar al Gobierno español en los países extranjeros, fué en Francfort, cerca de la Dieta germánica. Era Presidente de la Dieta un nobilísimo conde austriaco, fino, amable, inteligente y dechado, en suma, del buen diplomático chapado á la antigua. Según costumbre, el conde me obsequió con un banquete para celebrar mi venida. Y entre las muchas cosas de que allí se habló, el conde con verdadero entusiasmo, tuvo á bien poner por las nubes á uno de los que me habían precedido como ministro acreditado cerca de él. Y no fué sólo el conde, sino su mujer también, linda y elegante señora, perteneciente á una antigua é histórica familia francesa, y casi todos los demás convidados, los que le acompañaron é hicieron coro, preconizando al mencionado predecesor mío como raro modelo de discreción, elegancia, afabilidad, cortesía, don de gentes, tino para los negocios, conocimiento de los hombres y de las cosas y buena maña para ganarse la voluntad y el afecto de cuantos le trataban. Lo ma-

raviloso, lo estupendo, lo inaudito para el conde, y así lo expresó después de hacer tantas alabanzas, y casi todos los allí presentes convinieron con él, era que mi tan encomiado predecesor había sido periodista: había saltado, salto casi inconcebible para aquellos señores, desde la prensa á la diplomacia. Ya se comprende que yo, no sólo por compatriota, sino por amigo que era entonces de mi predecesor encomiado, aprobé y aplaudí los elogios, que además me parecían justísimos y merecidos. En lo tocante á la inverosímil anomalía de que el elogiado hubiera sido periodista, no sé si hice mal ó hice bien, pero consideré lo más oportuno no salir allí á la defensa del periodismo, convirtiendo en aula académica de controversias la sala del banquete.

A través del odio reconcentrado y del desprecio más ó menos aparente que en cierta sociedad escogida de esto que se llama la *high life* suele manifestarse contra el periodismo, tal vez por moda, tal vez por manía, se entrevé casi siempre la involuntaria estimación que inspira el talento del buen periodista á los mismos que tan acerbamente le censuran. Así recuerdo yo que allá en mi primera mocedad, en cierta reunión de sujetos muy distinguidos, se pronunciaron contra periódicos y periodistas los más apasionados discursos, tratándolos como á casta de gente abominable y dañina, cuya

es la culpa de cuantos males sobrevienen: de las mudanzas, trastornos y revoluciones, y de la perversión moral y política que aflige á los Estados. Uno de los asistentes á la reunión, reconocido por algo simple, con severidad ó con injusticia, á lo que yo entiendo, se creyó en el deber de defender á los periodistas y hasta se dió por ofendido y por injuriado, asegurando que él había sido periodista también. Entonces todos cuantos habían hablado contra los periodistas se deshicieron en excusas y satisfacciones al que con tanto calor los defendía, rogándole que no se enojase, que se aquietase y que no se diese por aludido, porque él nunca había sido periodista en realidad, sino que sólo lo había soñado. De esta suerte, con delicada é involuntaria socarronería, vinieron á declarar implícitamente los detractores del periodismo que para ejercerle se requieren prendas y facultades de entendimiento y de voluntad, que no son muy comunes, y sin las cuales se tiene por increíble que alguien escriba en los periódicos, por más que pueda hacer en las tertulias papel no muy desairado.

No hay efecto sin causa. El odio que inspira el periodismo en algunas clases ó agrupaciones de gente, no hemos de negar que tiene algún fundamento, que tal vez nace de ciertos deplorables abusos. El insulto procaz, la calumnia, la injuria, la difamación de la vida privada, penetrando á veces

en el seno de las familias para sacar á relucir ante el público con escándalo y vergüenza debilidades, torpezas y pecados, ya imaginarios, ya reales, parecen suficiente motivo para que sea odiosa la prensa periódica. Pero de nada de esto tiene la prensa la culpa; la culpa es de la sociedad que aprueba ó aplaude tales desafueros y que excita y solevanta al periodista para que los cometa. Solo tal vez el calumniado ó el injuriado y sus más íntimos y leales amigos hallan mal la diatriba ó la serie de improperios que contra alguien se dirige. El público los celebra con risa, si aparecen en forma de chistes, ó los mira como censura movilizadora y elocuente, si aparecen en estilo elevado y serio. Si el público no provocase al escritor para cometer tales faltas y si reprobase su conducta cuando las comete, en vez de aplaudirla, la prensa periódica sería más moderada y circunspecta. De todos modos, no creo yo que convenga celebrar al periodista como algo á modo de Catón Censorino, que vela en pró de la virtud y de las buenas costumbres y que delata y fustiga los vicios, ni que convenga tampoco abominar de él como de maldiciente difamador que arroja cieno é inmundicia hasta sobre los rostros más limpios y venerables. Antes de que hubiera periódicos, ora estas delaciones y censuras se mirén como útiles, ora se mirén como escandalosas y perjudiciales, bien podemos

afirmar que se ejercía con no menos eficacia y vehemencia que en nuestros tiempos. No han sido menester periódicos para que queden en la memoria de los hombres, ya sean verdades severas, ya sean mentiras calumniosas, los robos, las tiranías, las dilapidaciones, las torpezas lascivas, el asesinato por medio del puñal ó del veneno, la doblez y el engaño infame, la refinada y espantosa crueldad, y otros crímenes que pudieran cometerse con el mayor sigilo, y que con verdad exacta ó con exageración fueron delatados, ó bien con falsedad fueron atribuidos á príncipes, á reinas, á grandes señores y hasta á emperadores y pontífices.

El concepto exagerado ó falso que suele formarse de lo que debiera ser la prensa periódica, motiva multitud de acusaciones, cuando la realidad no responde, como humanamente es natural que no responda, al concepto previo que se ha formado. De aquí que cuando no exigimos de la prensa periódica sino lo que razonablemente puede exigirse, el fundamento de las acusaciones desaparece. Pongamos algunos casos. Los que se figuran que el periódico ha venido á reemplazar el libro, apoyados en esta base, claman contra el periódico de mil maneras, todas, en mi sentir, injustas. No es cierto, como afirman, que el periódico satisface la curiosidad y el deseo de saber de no pocas personas y consume todo el tiempo que dedican á la lectura,

resultando de aquí que quite al libro lectores y compradores. Lo contrario es lo que sucede. El que no lee más que periódicos, si no hubiera periódicos, no leería nada. Y tal vez no pocos sujetos, al leer los periódicos se sienten estimulados y deseosos de conocer mejor los asuntos que ligeramente se tocan en ellos. En la mente de estos lectores se despierta ó se aviva el apetito de leer, y por haber leído periódicos, acaban por buscar libros y por leerlos. Para estas personas, los periódicos vienen á ser, y permítaseme la comparación gastronómica, algo semejante á lo que llaman *sakuska* en los banquetes rusos. En antesala ó sala que precede al comedor, hay en una mesa multitud de entremeses picantes, como anchoas, caviar, salchichón y encurtidos, y hay además varios excelentes licores, entre los que descuella el famoso *kümmel de Riga*. Los convidados, permaneciendo de pie, comen de aquellos manjares y beben una, dos y hasta tres copas, con lo cual, en vez de satisfacer ó matar el apetito, le espolean y le aguzan. Así apercebidos y predispuestos, entran en el comedor, se sientan á la mesa, y ya con las fuerzas digestivas en plena actividad, y con la calma y el reposo convenientes, toman la sopa y los exquisitos, sólidos y succulentos manjares que allí les sirven. Pues bien, *mutatis mutandis*, el que tiene salud y bríos mentales, lee excelentes libros y digiere bien su contenido, ya que

los periódicos han sido para su espíritu algo á modo de *sakuska*.

Acusación no menos infundada que la anterior es la de quien lamenta la enorme cantidad de ideas erróneas que los lectores adquieren sobre muchos puntos, en los periódicos superficial ó ligeramente tratados. Se parecen estas acusaciones á las de aquellos que condenan, por ejemplo, las novelas de Dumas porque infunden en muchos cerebros una historia de Francia, un tanto cuanto fantástica y tal vez algo disparatada, ó condenan las novelas de Julio Verne, porque los incautos aprenden en ellas atrevida geología y poco exacta cosmografía. Pero ni Dumas ni Verne tienen la menor culpa de esto. La culpa es sólo de quien se empeña en aprender en las novelas cosmografía, geología é historia. Y aun así, me atrevo yo á sostener que hasta quien no sabe más historia, ni más cosmografía, ni más geología que las que enseñan los libros de entretenimiento, en vez de perder, sale ganando, y se pule y se ilustra. ¿Qué daño, ni qué mal recibe ó causa el que averigua, pongo por caso, un poco de las cosas ocurridas en Babilonia, al oír las óperas de *Semíramis* y de *Nabuco*, ó de las de Egipto al oír *Aida*, ó de las guerras civiles de Francia al oír los *Hugonotes*? ¿Quién sabe? Quizás la audición de las mencionadas óperas le inspire el deseo de leer á Lenormant, á Ebers, á

Duncker, á Rowilson, á Mápero, á Layard, á Vari-llas y á Enrico Caterino Davila.

No falta quien imagine y crea que esto de escribir con estilo conciso y ligero es invención novísima, y que los antiguos, como gozaban de más vagar y reposo y no tenían en su vivir la agitación de la época presente, pecaban de difusos y hasta de pesados. Yo, sin embargo, no veo á las claras cuándo empezó á caer en desuso el escribir largo y tendido y á ponerse de moda la decantada ligereza de hoy, ligereza de que se nos presenta como cumplido dechado el estilo francés. Confieso que sobre todos estos puntos estoy muy dudoso, pero propendo á afirmar que en el día de hoy nos extendemos más al escribir que en cualquiera de las edades pasadas. Aun suponiendo que hoy es la vida más activa que antes ó que se vivè sin reposo y de priesa, lejos de probar esto que los escritos son más breves, esto probaría, en mi sentir, que los escritos no pueden menos de ser más largos, porque quien escribe á escape, á no ser en raro momento de inspiración feliz, peca siempre de verboso, ya que para encerrar con claridad y orden muchos conceptos en pocas frases se requieren mayor tiempo y trabajo que para escribir difusamente. No lo recuerdo bien, pero creo que es de Talleyrand de quien se cuenta que compuso un despacho muy largo, y como alguien le advirtiese y le censurase

de que lo era, Talleyrand dió por excusa que no había tenido tiempo para componerle más corto.

Se dirá que en el día es menester profundizarlo todo, que nada se quede por decir y que todo se sepa. No discuto sólo la causa. Sólo sostengo que el efecto es la extensión ó difusión grandísima de los escritos modernos en comparación de los antiguos. La historia de seis duques de Borgoña, escrita por Barante, tiene más lectura acaso que el conjunto de cuantos historiadores griegos y latinos se conservan aún, por quienes sabemos casi todo lo que se sabe de Grecia, de Roma, de Egipto, de Fenicia y de los demás imperios y naciones de Europa y del centro y occidente del Asia, durante dos mil ó tres mil años. Mayor extensión proporcionalmente tiene la historia de Inglaterra, de Macaulay. Si prescindimos de la introducción, dicha historia es sólo de diez ó doce años, por donde es lícito conjeturar que, si al historiador no le hubiera sorprendido la muerte, su historia hubiera sido tan extensa que, para leerla sin saltar páginas, hubiera sido menester que un hombre se consagrara á dicha lectura no pocos años de su vida. Y si las historias verdaderas son hoy tan difusas, no se quedan muy á la zaga las historias fingidas. Indiscutible es el mérito de Walter Scott; pero, ¿quién se atreverá á afirmar que Walter Scott brilla por lo breve y rápido de sus narraciones? ¿Pues qué di-

remos de Zola, de quien hoy el público europeo anda tan prendado? Cualquiera de sus más célebres novelas tiene tanta lectura como las ciento del Decameron de Bocaccio.

La verdad es que no es tan nuevo, ni tan propio de los periódicos, ni tan laudable por su brevedad lo que en los periódicos se escribe. Sea ó no sea un escrito para los periódicos, siempre es difícil, cuando no imposible, expresar muchas ideas en breves frases, á no escribir en aquel idioma sintético en que habló el fingido Príncipe turco al señor Jourdain de Molière, diciéndole: *Belmen*, que, según la traducción, significa: "Vaya usted de prisa á prepararse para la ceremonia, á fin de ver en seguida á la hija de usted y concertar el casamiento."

Acusación muy frecuente también es la de aquellos que, para rechazar la censura del periodista, le recusan por su ignorancia. Lo mismo en periódicos, que en cualquier otro papel impreso, pueden escribir y censurar los ignorantes y los instruídos. La censura ó la desaprobación en los periódicos es, además, de dos modos, ambos legítimos, á lo que yo entiendo: uno técnico ó científico, donde el censor debe ser persona perita y muy versada en la ciencia, arte ó facultad á que pertenece el negocio, acto ó cosa que censura. Pero hay también otro modo de censurar, que apenas se exige saber, que más que disertación es desahogo, la-

mento ó queja de la vulgar opinión, cuya legitimidad no se bastardea, aunque poco ó nada se razone. Tremendos y tiránicos serían la prohibición de quejarse de no pocos males y daños, y el deber de callar y sufrirlo todo en silencio, á no ser omnicios los que se quejan. En virtud de semejante dialéctica, no sabiendo nada de zapatería, nada podríamos decir contra el zapatero que nos estropea los pies con un mal calzado; sin haber estudiado bien á Carême y á Gouffé, no podríamos tronar contra la cocinera malvada que nos envenena y nos sisa; sin saber de coro á Vitrubio, no podríamos negarnos con razones á alquilar ó á comprar una casa; y hasta tendríamos que ponernos sin chistar un frac ó una levita que nos hiciese jorobados y deformes, si teóricamente al menos no supiésemos de sastrería.

Perfecto derecho tienen, pues, los periodistas, como le tienen los que no son periodistas, y los periodistas tienen además el deber, de quejarse de los malos servicios públicos. Si de ellos se quejan con razonada competencia, la queja será más eficaz pero, aunque la razonada competencia les falte, todavía podrá ser la queja útil, justa y conveniente, con tal de que no traspase los límites del comedimiento y la mesura, y con tal de que no se transforme en insulto procaz ó en desvergüenza descarada. Y este derecho de queja, que en el periodista, órgano de la opinión general, es un deber, se

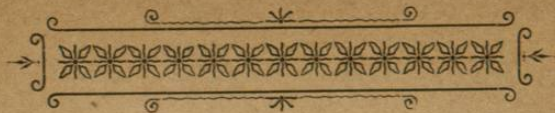
hace tanto más imperioso cuanto el oficio, institución ó función sobre que recae, importa más por lo que cuesta y por los males y los bienes que puede acarrear á la república. De aquí que yo, sin poder sustraerme á la dialéctica que tal convicción me impone, crea más sujeto á la censura lo que en el día clama más contra ella y la rechaza, y menos que nada sujeto á la censura lo que más en el día la aguanta y la sufre por acerba y sin fundamento que sea. No es menester haber cursado balística, táctica y estrategia, para que nos atrevamos á hablar de aquello que cuesta á la nación enormes sacrificios pecuniarios, de aquello que puede ser causa de la salvación ó de la pérdida de millares de hombres en su juventud más briosa y florida, y de aquello en que debe fundarse en lo interior, el orden y el sosiego, y en lo exterior la grandeza de los Estados. No por esto gusto yo de la severidad y de la dureza. Severos y duros fueron en Cartago, y al fin fueron vencidos, mientras que el Senado de Roma, triunfante al fin, daba después de Cannas las gracias á Varron por no haber desesperado de la salud de la patria.

En suma, sobreponiéndome yo á todo interés ó espíritu de clase, hallo laudable ó inevitable que todo ciudadano, periodista ó no, diserte sobre cosas de guerra, aunque sea apasionadamente. En cambio considero, ya ridículo, ya odioso, el furor

con que suele ejercerse la crítica literaria, salvo contra las publicaciones que el Estado subvenciona ó costea, ó contra los libros de texto que compra por fuerza el pobre estudiante. ¿Pero qué daño hace á nadie el autor de un libro tonto si no tiene más Mecenas que el público? Con no comprarle ó con no leerle, está todo remediado. Y ni el autor mismo se perjudica, sino que tal vez se mejora, ó porque á fuerza de escribir mal, acaba por escribir bien, ó porque si no logra esto, logra dar á su tiempo un empleo inofensivo, en vez de entregarse á deportes pecaminosos.

El mismo periodista, ora sea bueno, ora sea malo, entra en este predicamento de la generalidad de los escritores, por donde me parece que deben ser benévolos é indulgentes con él sus conciudadanos, porque sus candorosas simplezas no hacen daño, y harto castigo tienen con el desdén de quien las lee, y porque sus insolencias, sus audacias y los errores en que incurre y que después propala, más que propios de él, pertenecen á la colectividad de quien es órgano ó instrumento en la prensa. De todos modos, como el escritor, periodista ó no periodista, puede hacer mucho mal ó mucho bien, extraviando á la muchedumbre ó señalándole el buen camino, no es de extrañar, aunque no le sintamos, el ardor con que le defienden unos y le atacan otros.

En cuanto á esta Real Academia, apartada de las luchas políticas y capaz de imparcial rectitud por colocarse en la región serena del arte puro, entiendo yo que recibe con agrado en su seno al buen escritor, sea ó no periodista, considerando el periódico como medio de publicación de toda obra literaria y no como género especial de literatura. Lo que examina y juzga la Academia es el valer del escrito, prescindiendo de su extensión y de la manera con que está publicado, ya en hojas sueltas, ya desde luego en un libro, ya primero en las hojas sueltas y en el libro más tarde. En el caso presente, reconoce la Real Academia en un periodista lo que en otras ocasiones ha reconocido en el poeta lírico, en el autor dramático, en el orador político, en el novelista ó en alguien dedicado al estudio de ésta ó de aquélla ciencia: el esmero, el tino, el buen gusto, la inspiración y el arte con que se maneja nuestro hermoso idioma, en la conservación de cuya pureza castiza se emplea esta Real Academia, sin oponerse, sino legitimando el aumento del antiguo heredado caudal con cuanto de lo recientemente adquirido no le afea ni le vicia.



EL RENACIMIENTO

DE LA POESÍA LÍRICA ESPAÑOLA (1)

Su Majestad el Rey honra y visita hoy esta casa, y en la aurora de la vida presta á nuestra junta pública el esplendor que la alegra y en cuyos destellos tempranos se columbra ya, para bien de la nación, el pronto cumplimiento de consoladoras esperanzas. Su augusta madre, la Reina Regente, viene acompañándole. Ambas Majestades van á realzar, por su intervención, la concertada y conmovedora ceremonia de premiar la virtud modesta con solemne reconocimiento, duradero testimonio y galardón merecido.

Mucho me lisonjea la confianza con que se me distingue encomendándome la redacción de un

(1) Discurso leído ante SS. MM. y AA. RR. en Junta pública, celebrada por la Real Academia Española el día 13 de Mayo de 1900, con motivo de la traslación de las cenizas de Goya, Meléndez Valdés, Fernández de Moratín y Marqués de Valdegamas.